

II DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Is 62,1-5; 1 Co 12, 4-11; Jn 2,1-11

Tres días después se celebraba una boda en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús. Fue invitado también a la boda Jesús con sus discípulos. Y, como faltara vino, porque se había acabado el vino de la boda, le dice a Jesús su madre: "No tienen vino." Jesús le responde: "¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora." Dice su madre a los sirvientes: "Haced lo que él os diga." Había allí seis tinajas de piedra, puestas para las purificaciones de los judíos, de dos o tres medidas cada una. Les dice Jesús: "Llenad las tinajas de agua." Y las llenaron hasta arriba. "Sacadlo ahora, les dice, y llevadlo al maestresala." Ellos lo llevaron. Cuando el maestresala probó el agua convertida en vino, como ignoraba de dónde era (los sirvientes, los que habían sacado el agua, sí que lo sabían), llama el maestresala al novio y le dice: "Todos sirven primero el vino bueno y cuando ya están bebidos, el inferior. Pero tú has guardado el vino bueno hasta ahora." Así, en Caná de Galilea, dio Jesús comienzo a sus señales. Y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos.

El domingo pasado celebramos la Fiesta del Bautismo del Señor, que nos ha recordado nuestro propio bautismo, de esta manera comenzamos otro tiempo litúrgico, llamado Tiempo Ordinario, denominado así para diferenciarlo de otras etapas o Tiempo Extraordinario, donde revivimos y actualizamos los tres grandes misterios de fe: el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, (la Navidad), el cual nos anuncia y nos prepara al segundo gran misterio, que es la cumbre de la vida cristiana, que nos llena de esperanza: el misterio de la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos. Con Él, nosotros resucitaremos; y se completa este tiempo extraordinario de celebraciones con el tercer misterio que le llamamos de Pentecostés o venida de la "plenitud del Espíritu de Dios" o Espíritu Santo: Señor y Dador de Vida.

En este segundo domingo se nos manifiesta el amor que Dios nos tiene, empleando el lenguaje y la realidad humana muy conocida por los seres humanos para expresarse amor: los desposorios y el matrimonio. Dios Padre, el Esposo, se quiere casar con la Humanidad, con cada uno de nosotros: "...Ya no te llamarán "Abandonada...". "...Tu tierra tendrá marido...". En las bodas de Caná, Cristo se convierte en el protagonista de la boda, Él se casa con los comensales a los que invita, y la Virgen María, nos invita a seguirle cuando dice: «...Haced lo que él os diga...». Cristo se ha encarnado, se ha hecho niño, se ha hecho humano, y quiere llevar adelante este misterio de encarnación hasta la unión y transformación perfecta del ser humano. Nos quiere divinizar, en la medida en que nosotros le hacemos sitio en nuestro corazón, y la unión más perfecta que conocen todas las culturas y todos los pueblos del mundo es la realidad del matrimonio y en ese lenguaje nos habla y se nos revela, y se nos declara, como es: El Señor de la Vida.

El profeta Isaías en la primera lectura nos presenta el símbolo de las Bodas de Dios-Yahvé y Jerusalén, que es la representación del pueblo de Israel, es decir, las bodas de Dios con su pueblo, que somos a su vez, cada uno de nosotros. Quiere expresar de alguna manera, con el lenguaje de esponsales y de bodas, una realidad de convivencia y de don mutuo entre el amor de Dios, enamorado y prometiéndose en matrimonio a la humanidad, y a cada uno de nosotros. ¿Por qué Dios nos quiere tanto? ¿Por qué nos aprecia tanto? «... ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?...».

El Evangelio de hoy no solamente nos confirma este deseo de esponsales, sino que nos dice que ya ha llegado el momento de las realidades. Con el milagro o signo de aquella boda, en Caná de Galilea, en que transformó el agua en vino, dio comienzo Jesús, estas señales elocuentes, nos ha dicho el evangelio: «...Y manifestó su gloria y creyeron en él sus discípulos...». Al respecto el Siervo de Dios Juan Pablo II nos dice: «... el acontecimiento de Caná de Galilea nos lleva a la participación en la vida de Dios, con la admirable conversión del agua en vino. El agua, nuestra bebida más común, adquiere, gracias a la acción de Cristo, un nuevo carácter: se convierte en vino, es decir, en una bebida, en cierto sentido, más valiosa. El sentido de este símbolo —del agua y del vino— encuentra su expresión en la santa misa. Durante el ofertorio, añadiendo un poco de agua al vino, pedimos a Dios, a través de Cristo, participar de su vida en el sacrificio eucarístico...» (Juan Pablo II, La santidad del matrimonio, 4 de octubre de 1997).

Jesús convierte lo ordinario y ritual, como el agua, en algo extraordinario y de valor, acaba, siendo en el relato, el protagonista de la boda. Él es el verdadero novio, los invitados son los favorecidos como una novia. La Virgen María, nos lleva a los esponsales, diciéndonos: «...Haced lo que él os diga...». Así anuncia la llegada de los tiempos mesiánicos, que se profetizaban bajo la forma de un banquete de bodas, donde la abundancia, riqueza y prodigalidad de bienes era la característica de que habían llegado los nuevos tiempos. Sus discípulos creyeron en Él, porque se manifestó como el verdadero esposo que da el vino nuevo, para que la fiesta no acabe nunca. Es el vino de su sangre, cáliz de la nueva alianza, de los nuevos esponsales: «...quien bebe mi sangre tendrá vida eterna...».

El Papa Benedicto XVI nos dice sobre este evangelio: «... Jesús dice a María, su madre, que todavía no ha llegado “su hora”, eso significa que Él no actúa ni decide simplemente por iniciativa suya, sino en consonancia con la voluntad del Padre, siempre a partir del designio del Padre. De modo preciso la “hora” hace referencia a su glorificación en la cruz (...) no obstante Jesús tiene el poder de anticipar esta “hora” misteriosamente con signos. ...» (Benedicto XVI; Jesús de Nazaret, 296). De esta manera, Cristo nos lleva a los hombres a la fiesta con Dios, porque nos reconcilia con el Padre, porque el hombre cuando es arrojado del paraíso ha quedado privado de la comunión con Dios.

Pbro. Oscar Balcázar Balcázar.

